

LUZ EN EL *LABERINTO*: EL FUEGO CENTRAL

FRANCIS BEZLER

Universidad de Estrasburgo

Entre todos los que se han esforzado hasta hoy en desentrañar la arquitectura interna de las 297 estrofas del *Laberinto de Fortuna* de Juan de Mena¹, Rafael Lapesa fue el lector más sagaz. Estaba en la buena pista, pero se paró a medio camino. Vamos a retomarla donde la dejó hace casi cuarenta años, y seguirla hasta el final.

La pista Lapesa

Como se sabe, Lapesa distingue en el *Laberinto* una organización interna en siete partes, distribuidas por Mena con estudiada simetría:

- a) Dedicatoria a Juan II (estr. 1).
- b) Exposición, invocación, invectiva contra Fortuna, rapto del poeta y encuentro con Providencia (30 estrofas, de la 2 a la 31).
- c) Descripción del orbe universo (23 estrofas, 32-54), y de las tres ruedas (8 estrofas, 55-62).
- d) Descripción de los siete círculos (174 estrofas, 63-236).
- e) Episodio de la hechicera de Valladolid, consultada por los enemigos de don Álvaro de Luna (31 estrofas, 237-267).
- f) Profecías sobre Juan II; recorrido por la historia de España; desvanecimiento de la visión (28 estrofas, 268-295).
- g) Exhortación final a Juan II (2 estrofas, 296-297)².

Las partes a), b) y c) (62 estrofas) constituyen, según R. Lapesa, el conjunto introductorio, y las partes e), f) y g) (61 estrofas), el epílogo. La parte d), la cuarta, la de la descripción de los siete cír-

¹ Citaremos por la edición de Carla De Nigris (eda.), Juan de Mena, *Laberinto de Fortuna y otros poemas*, Barcelona, Crítica, 1994.

² Rafael Lapesa, «El elemento moral en el *Laberinto* de Mena: su influjo en la disposición de la obra», *Hispanic Review*, XXVII (1959), pp. 257-266; recogido en *De la Edad Media a nuestros días*, Madrid, Gredos, 1967, pp. 112-122, cit. p. 118.

culos, constituye el núcleo central que, a su vez, consta de siete partes (los siete círculos). Y no dice nada más R. Lapesa respecto a la estructura del poema.

Pero esto que dice (una estructura en siete partes, cuya cuarta parte, la del medio, integrada a su vez por siete partes, constituye el núcleo central) tiene algo que seduce, e incluso convence al lector del famoso libro de J. Huizinga, donde leemos en efecto que durante el otoño de la Edad Media «repetidas veces se ve cómo se echa mano de la alegoría para subrayar expresamente una idea de especial importancia»³, y que el pensamiento simbolista, en su postrer florecimiento, gustaba mucho de los malabarismos numéricos, en especial con el número siete⁴. Nos parece, pues, que hay que seguir investigando en esta dirección.

El primer círculo

Subrayemos primero, como ha hecho R. Lapesa, que el poema comienza con una dedicatoria a Juan II (estr. 1) y acaba con una exhortación dirigida al mismo (estr. 296-297). La búsqueda de equilibrio y simetría por parte de Mena, señalada por R. Lapesa, nos parece en efecto evidente.

Pero lo que hay que notar ante todo cuando llegamos a las dos estrofas finales después de haber recorrido todo el poema, es que volvemos a la situación del principio: el poeta Mena se dirige al rey Juan II. Ahora bien, si después de un recorrido se vuelve a la situación inicial, lo que se ha recorrido es un círculo. Por lo tanto, la estructura septenaria del *Laberinto* evoca el círculo, lo que no debería asombrar a nadie en un poema en el que se habla tanto de «cercos». La cuarta parte (la descripción de los siete círculos) es el núcleo central en torno al cual las otras partes giran como planetas.

³ Johan Huizinga, *El Otoño de la Edad Media*, Madrid, Revista de Occidente, 1930 (5 ed. 1961), p. 288.

⁴ *Ibid.*, p. 284: «El último periodo de la Edad Media presenta toda esta ideología en su postrer florecimiento. [...] Desde muy antiguo ha tenido el simbolismo la inclinación a reducirse a un puro mecanismo [...]. En especial surgen perspectivas enteras de conexiones ideales cuando el contacto simbólico nace exclusivamente de una concordancia numérica. Todo se convierte en operaciones aritméticas. Los doce meses significan los doce apóstoles; las cuatro estaciones, los evangelistas, y el año entero ha de ser por fuerza Cristo. Conglomeranse sistemas septenarios enteros. Con las siete virtudes capitales se corresponden las siete peticiones del Padrenuestro, los siete dones del Espíritu Santo, las siete bienaventuranzas y los siete salmos penitenciales. Todo esto hállase, a su vez, en relación con los siete momentos de la Pasión y con los siete sacramentos. Cada una de las cosas de cada uno de estos grupos de siete cosas correspondense nuevamente, como contrario o remedio, con uno de los siete pecados capitales, que están representados, a su vez, por siete animales y son seguidos de siete enfermedades».

Hacemos nuestra, pues, añadiendo esta importante precisión, la estructura propuesta por R. Lapesa, con alguna que otra leve corrección en la distribución de las estrofas:

1. Dedicatoria a Juan II (estr.1).
2. Exposición, invocación, invectiva contra Fortuna (estr.2-12).
3. Rapto del poeta, encuentro con Providencia, principio del viaje con Providencia, descripción del orbe universo y de las tres ruedas (estr.13-62).
4. Los siete círculos (estr.63-236).
5. Episodio de la hechicera de Valladolid consultada por los enemigos de don Álvaro de Luna, y amanecer mitológico (estr. 237-268).
6. Diálogo entre Mena y Providencia (profecías sobre Juan II, recorrido por la historia de España) y desaparición de Providencia (estr. 269-295).
7. Exhortación final a Juan II (estr. 296-297).

Justifiquemos nuestras pequeñas enmiendas. Pensamos que Beltrán, en su análisis muy sagaz aunque parcial del *Laberinto*⁵, está en lo cierto cuando distingue a dos Menas: el Mena histórico y el Mena-visionario narrador. Ahora bien, es a partir del episodio del rapto del poeta en el carro de Belona (estr. 13) cuando el Mena histórico se transforma en protagonista de su propia narración dramática. La segunda parte, donde se oye todavía la voz del Mena histórico, no puede ir por lo tanto más allá de la estrofa 12.

Creemos también que hay que incluir la estrofa 268 (la del «amanecer mitológico») en la quinta parte, porque desde un punto de vista formal comienza aquí una nueva unidad: se inicia el diálogo entre el protagonista narrador y Providencia, que sólo se termina en la estrofa 295 con la desaparición de Providencia.

Por otra parte, desde el punto de vista del contenido, la estrofa 268 sólo puede ir vinculada a las que anteceden, que narran el episodio de la maga de Valladolid, donde asistimos al triunfo de Álvaro de Luna sobre sus enemigos y sobre todo sobre Fortuna. Para Mena, sólo este hombre, el Condestable de Castilla, puede sacar el reino del lodazal. Esto queda bastante claro en todo el poema. Por lo tanto la estrofa 268, donde el protagonista narrador ve despuntar un nuevo día («nueva lumbre los iluminava») es el remate de este episodio. Ese nuevo día muy luminoso, nos dice Mena, es el que se levantará sobre el reino de Castilla gracias a don Álvaro de Luna. Y no en vano ocupa éste por sí solo el círculo de Saturno, aquel Ti-

⁵ Luis Beltrán, «The Poet, the King and the Cardinal Virtues in Juan de Mena's *Laberinto*», *Speculum*, XLIV (1971), pp. 318-332.

tán que, según la mitología clásica, se había refugiado en Italia e inaugurado en ella la Edad de Oro.

El segundo círculo

Examinemos ahora el núcleo central del poema-círculo: la descripción de los siete círculos. Para que la demostración quede muy clara, no hablaremos más que de lo estrictamente necesario.

a) Las virtudes cardinales

Mena hace desfilar ante los ojos de su lector siete «planetas»: Luna, Mercurio, Venus, Febo, Marte, Júpiter y Saturno, que remiten al sistema astronómico geocéntrico de Ptolomeo, todavía aceptado por todo el mundo en la época de nuestro poeta⁶. Cada círculo planetario, excepto el último, el de Saturno, está rematado por la definición de una virtud, o un vicio. Aparecen así las parejas siguientes: Luna-Castidad, Mercurio-Avaricia, Venus-Amor virtuoso, Febo-Prudencia, Marte-Fortaleza, Júpiter-Justicia.

En esta serie, Mena enumera tres virtudes cardinales: prudencia, fuerza y justicia. Pero como se sabe las virtudes cardinales son cuatro: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. ¿Dónde, pues, se ha metido templanza? ¿Trátase de un olvido por parte de Mena? Desde luego que no. Mena no deja cabos sin atar, como lo podremos comprobar. Beltrán vio muy bien, y demostró que la virtud de templanza, aunque no explícitamente nombrada, está presente⁷. Son los tres primeros círculos: Luna-Castidad, Mercurio-Avaricia y Venus-Amor virtuoso, los que remiten a la virtud de templanza.

En efecto, la castidad, cuyo papel consiste en reprimir el desordenado apetito que se manifiesta en los goces voluptuosos, es una virtud aliada de la templanza. La avaricia, que es el apetito desordenado de los bienes mundanales, debe ser combatido por la virtud de la templanza. Y el amor virtuoso es un efecto de la templanza. Por otra parte, en el círculo de Venus Mena sólo pone ejemplos negativos, casos de amor lujurioso. Y éste, igual que la avaricia, debe ser combatido por la templanza.

Por lo tanto, las cuatro virtudes cardinales están presentes, y en el orden siguiente: templanza, prudencia, fortaleza, justicia. Pero en este orden hay una anomalía, porque en buena teología moral la primera de las cuatro virtudes cardinales no es la templanza sino la prudencia: ella es la que «nos permite distinguir dónde está el deber moral y reconocer concretamente la vía por la que conseguire-

⁶ Mena muere en 1456, Copérnico nace en 1473.

⁷ Luis Beltrán, art. cit., pp. 323-324.

mos cumplirlo»⁸. La prudencia es la que debe «juzgar y guiar convenientemente a todas las demás virtudes»⁹. Además, «la sede de esta virtud está en la inteligencia, ya que ella es la que juzga y decide lo que, en cada circunstancia particular, es más idóneo para el cumplimiento de nuestro fin» sobrenatural¹⁰. Es por lo tanto muy lógico que Mena haya vinculado la virtud cardinal de la prudencia al planeta Febo/Apolo. Esto demuestra que no ignoraba nada de la doctrina escolástica de las virtudes cardinales.

¿Por qué, entonces, no respetó, en su presentación de esas cuatro virtudes, el orden canónico? Sólo un poquito más adelante podremos aportar una solución satisfactoria a este problema.

b) El círculo de Templanza

Después de lo dicho sobre las cuatro virtudes cardinales podemos añadir ahora que, si en el *Laberinto* Mena nos hace pasar explícitamente por los círculos de Febo-Prudencia, Marte-Fortaleza y Júpiter-Justicia, también se halla presente el círculo Luna/Mercurio/Venus-Templanza. En otros términos, los círculos de Luna, Mercurio y Venus forman el círculo de Templanza. Ya empezamos a tener una pequeña maraña de círculos en la que, si añadimos las ruedas, corremos el peligro de perdernos. Pero no debería extrañarnos, ya que el título del poema nos ha anunciado que entrábamos en un laberinto. Lo importante es notar que esos tres planetas forman una unidad, de estructura ternaria desde luego.

c) El hilo de Ariadna de las ruedas

Conviene ahora examinar detenidamente esta unidad. Antes hay que recordar que el protagonista narrador realiza, guiado por Providencia, un recorrido algo laberíntico que combina los círculos planetarios con dos ruedas, la del pasado y la del presente, a las que su guía le invita a arrimarse alternativamente para disfrutar del espectáculo. En términos claros, la sucesión de los planetas va unida a una sucesión de ruedas. Así por ejemplo, en la secuencia Luna/Mercurio/Venus las ruedas se suceden en el siguiente orden (se verá mejor si se utilizan dos lápices de diferente color para la representación gráfica):

⁸ Rahner, Karl/Vorgrimler, Herbert, *Petit dictionnaire de théologie catholique*, Paris, Seuil, 1970., s.v. Prudence.

⁹ Héribert Jone, *Précis de théologie morale catholique*, 12ª ed., Mulhouse (Haut-Rhin), Salvator, 1947, p. 62.

¹⁰ Adolphe Tanqueray, *Précis de théologie ascétique et mystique*, Paris, Desclée, 1924 (7ª ed., 1928), p. 641.

Luna	Rueda del pasado	
	Rueda del presente	
Mercurio	Rueda del pasado	Templanza
	Rueda del presente	
Venus	Rueda del pasado	

La rueda del pasado, pues, abre y cierra la secuencia; aparece una vez en el centro, con la rueda del presente a ambos lados. Su-
brayemos una vez más que esta secuencia forma una unidad de sentido (Templanza)

Ahora bien, esta secuencia se repite en Marte y Júpiter:

Marte	Rueda del pasado	Fortaleza
	Rueda del presente	
Júpiter	Rueda del pasado	Justicia
	Rueda del presente	
	Rueda del pasado	

Por lo tanto, dos secuencias estructurales idénticas se encuentran a ambos lados de Febo. Aquí también parece evidente que estamos en presencia de una estudiada simetría.

Pero nos objetarán que hemos echado en olvido a Saturno, y que no es posible excluirlo del conjunto.

d) El círculo de Saturno

Ocupémonos, pues, de Saturno. Como vio muy bien L. Beltrán¹¹, el séptimo círculo presenta una anomalía: es el único que no se termina con la definición de una virtud y que está enteramente reservado a un solo personaje: don Álvaro de Luna. Como L. Beltrán ha demostrado de una manera convincente, si el círculo de Saturno no está rematado por la definición de una virtud es porque Mena presenta a don Álvaro como aquel en quien se encarnan las cuatro virtudes cardinales. En efecto, en las estrofas iniciales de este círculo Mena no deja lugar a dudas:

- 1) estr. 232: «E vimos, al último cerco venidos,/las grandes personas en sus monarchías,/ e los que rigen las sus señorías,/ con moderada justicia temidos;» Justicia, pues.
- 2) estr. 233: «aquel cavallero [...] / que mucho en el cuerpo pareçe Tideo / e en el consejo Nestor el longevo». Por lo tanto fortaleza (Tideo) y prudencia (Nestor).

¹¹ Beltrán, art. cit., pp. 323-326.

- 3) estr. 235: «Este cavalga sobre la Fortuna / e doma su cuello con ásperas riendas». Templanza, pues, sin la menor duda.

Es de notar (no lo vio L. Beltrán) que las cuatro virtudes cardinales se suceden aquí en el orden siguiente: justicia, fortaleza, prudencia, templanza, mientras que en la sucesión de los planetas tenemos este otro orden: templanza, prudencia, fortaleza, justicia.

En términos claros, con don Álvaro de Luna, único personaje presente en el círculo de Saturno, recorremos otra vez la secuencia de las virtudes cardinales pero en sentido contrario, y se nos presentan como si las abarcáramos con una mirada hacia atrás desde lo alto de la estatura de ese Titán.

Y aquí también quedamos devueltos a la situación de salida. Esta vuelta circular a la posición inicial, además, Mena nos la significa doblemente. En efecto, ¿qué es lo que hemos hecho después de recorrer los siete círculos planetarios, sino un circuito que nos ha paseado desde el planeta Luna hasta Álvaro de Luna? De Luna a Luna por lo tanto.

Queda pues muy claro que aquí también tenemos un círculo. Por lo tanto, la estructura septenaria y circular del poema se repite exactamente en su núcleo central: en torno a Febo (el cuarto círculo) giran los otros seis planetas.

El tercer círculo

Es hora ya de examinar este nuevo núcleo central, el círculo de Febo. El criterio pertinente, como sabemos, es la sucesión de las ruedas. En el círculo de Febo la secuencia es ésta:

	Rueda del pasado
Febo	Rueda del presente
	Rueda del pasado

Tenemos una vez más una unidad de estructura ternaria. Lo importante, sin embargo, es observar que el centro de esta estructura ternaria lo ocupa la rueda del presente. Ésta es, pues, el núcleo central de este otro núcleo central que es Febo. Y ¿qué es lo que vemos en esta rueda del presente? Un único personaje: Enrique de Villena.

Si abrimos el libro en las estrofas que Mena dedica a este personaje, nos damos cuenta de que son tres: 126, 127, 128 (otra estructura ternaria), y que la revelación de la identidad de este personaje, pedida por el protagonista narrador a su guía, la Providencia, se produce, como por casualidad, en la estrofa 127, es decir la del medio, la estrofa central. Y, desde luego, no puede tratarse de una casualidad.

El personaje central

Mena ha colocado, pues, a Enrique de Villena en el centro del círculo de Febo, el cual es el núcleo central del círculo de los planetas, el cual es a su vez el núcleo central del círculo del poema. Enrique de Villena es, por tanto, el personaje literalmente central del *Laberinto*.

Y ¿qué hace en tan céntrica posición el sabio Villena, que fue un afamado astrólogo con ribetes de hechicero? Abramos el libro en la estrofa 126 y obtendremos la información del mismo Mena:

Aquel que tu vees estar contemplando
el movimiento de tantas estrellas...

Es de una claridad meridiana: Villena, instalado en el centro de Febo, ve girar en derredor suyo las «estrellas» Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Mena confirma aquí que la estructura de su poema es la que acabamos de exponer.

Tenemos una última prueba para el lector que albergue todavía alguna duda. Es hora ya de contestar nuestra anterior pregunta de por qué Mena, en su presentación de las virtudes cardinales, no encabezó su lista con la virtud de la prudencia, ya que las demás dependen de ésta. Es posible precisar ahora que Mena no ha pasado por alto este aspecto importante de la doctrina escolástica de las virtudes cardinales.

En efecto, como Febo/Prudencia es el núcleo central en torno al cual giran los otros planetas, Templanza, Fortaleza y Justicia son como los satélites de Prudencia, y ésta se encuentra efectivamente en la raíz de las otras tres virtudes cardinales.

Uno no puede menos de quedar pasmado ante la compleja y muy estudiada arquitectura con arreglo a la cual Mena ha construido su poema, sin dejar cabos sueltos.

¿Heliocentrismo?

Surge ahora otra pregunta: como en este poema los planetas giran alrededor de Febo, es decir el sol, ¿se ha adelantado Mena a Copérnico? Blecua, en su vieja edición, ya había sugerido tímidamente esta posibilidad en una nota de pie de página¹². En otra nota de pie de página, María Rosa Lida había dado carpetazo a la hipótesis

¹² José Manuel Blecua (ed.), Juan de Mena, *El Laberinto de Fortuna o Las Trescientas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1943, p. 69, nota 126 f.

¹³ María Rosa Lida, *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*, El Colegio de México, 1950 (2ª ed. aumentada, 1984), p. 62, nota 54.

de Blecua¹³. Quizás un poco apresuradamente. No es imposible que el muy ilustrado Mena, que por cierto pasó una temporada en aquel hervidero de ideas nuevas que era la Italia del Quattrocento, haya tenido noticia de la antiquísima teoría heliocentrista de Aristarco de Samos. Valdría la pena investigar el asunto.

Si se considera que Mena colocó en ese sol central a Villena, famoso en su época por sus conocimientos astrológicos y su gran afición a las ciencias ocultas, podríamos pensar que la idea del heliocentrismo le vino de ese lado. En efecto, en la Edad Media aquellos que acudían a las prácticas mágicas para conseguir atraerse la voluntad de algún rey, solían recitar, antes de las operaciones, una oración al Sol en la que éste era llamado «raíz del cielo»¹⁴, un texto que un hombre como Villena no podía desconocer, y a lo mejor lo conocía también Mena. Pero nada permite apuntalar con más solidez esta conjetura. Aquí también la investigación queda por hacer.

Pitágoras

a) El Fuego Central

Pero la solución más probable a este problema –que no excluye las que acabamos de sugerir– nos viene indicada, una vez más, por el mismo Mena, en la estrofa 128, la tercera de las que dedica a Enrique de Villena. Ahí nos dice Mena que lo que le sucedió a Villena, a saber la quema de sus libros por orden del rey, también le ocurrió a Pitágoras. Aunque hayan sido, en la realidad histórica, los libros de Protágoras los que fueron quemados en Atenas, es el nombre de Pitágoras el que le importaba escribir a Mena, como lo atestiguan todos los manuscritos¹⁵. Es incluso posible que Mena haya atribuido a sabiendas la malandanza de Protágoras a Pitágoras, porque lo importante para Mena era decir que a sus ojos Villena era otro Pitágoras.

¹⁴ Eugenio Garin, *Moyen Age et Renaissance*, Paris, Gallimard, 1969, p. 152: «Dans un des plus fameux traités de magie du Moyen Age se trouve cette prière au Soleil, qui précède les opérations pour obtenir la faveur des rois: O Toi qui es la racine du ciel, par-dessus toutes les étoiles, par-dessus toutes les planètes, - saint, honoré... Toi qui es la lumière du monde, je t'invoque sous tous tes noms... je te conjure par Celui qui t'a donné la lumière et la vie».

¹⁵ Carla De Nigris, *ed. cit.*, p. 119.

¹⁶ Bertrand Russel, *History of Western Philosophy*, Londres, George Allen and Unwin, 1946; Unwin Paperbacks, 1979, p. 222: «They (los pitagóricos) [...] regarded the earth as one of the planets. They knew – from Pythagoras himself, it is said – that the morning star and the evening star are identical, and they thought that all the planets, including the earth, move in circles, not round the sun, but round the «central fire». They had discovered that the moon always turns the same face to the earth, and they thought that the earth always turns the same face to the «central fire». The mediterranean regions were on the side turned away

Ahora bien, es en la cosmología pitagórica donde encontramos la idea de un «fuego central» en torno al cual giran los planetas, sol incluido¹⁶. Ni que decir tiene que la asociación del nombre de Pitágoras y de la cosmología pitagórica con un Enrique de Villena colocado en el centro de Febo, el fuego central en torno al cual giran los demás planetas de los siete círculos, no se debe al azar, y menos a un error por parte de Mena.

b) El número perfecto

Se conoce generalmente a Pitágoras menos por su cosmología que por la importancia de las matemáticas en la doctrina pitagórica, y el papel desempeñado en ella por la especulación sobre el simbolismo de los números. Y no podemos menos de constatar que Mena juega con algunos números. Hemos descubierto ya, en la arquitectura interna del *Laberinto*, estructuras septenarias y ternarias: las siete unidades del poema y las siete unidades del núcleo central; los tres principales círculos concéntricos; los tres círculos que forman la unidad Templanza; las tres estrofas dedicadas a Villena. Podemos añadir otra, fácil de descubrir, que abarca todo el poema.

Se recordará que el protagonista narrador, al emprender su periplo bajo la conducta de la Providencia, entra en una «grand casa». Esto tiene lugar en la estrofa 27. Pero ¿cuándo sale de la casa? Es imposible que Mena, que no deja cabos sueltos, haya olvidado sacarlo de allí. Pues esa salida nos parece que se sitúa al final de la parte narrativa dedicada al último de los personajes contemplados en los siete círculos, es decir, Álvaro de Luna. Es la estrofa 228, como ya hemos dicho, la que remata esta parte, y ahí es donde el protagonista narrador ve despuntar un nuevo día cuya naciente luz es la de la salida del laberinto. El recorrido del laberinto abarca por lo tanto 242 estrofas. Le anteceden 26 y le siguen 29. Tenemos, pues, un equilibrio casi perfecto, en todo caso una simetría tan estudiada y evidente como la que ya había subrayado R. Lapesa entre las partes a) y g) de la estructura del conjunto del poema (partes 1 y 7 de nuestro esquema).

Es posible afirmar por lo tanto que Mena, en la elaboración arquitectónica de su poema, trabajó con estructuras septenarias y ternarias. Y como se sabe, siete y tres son diez. Ahora bien, el número diez era considerado en la doctrina pitagórica como el número perfecto, «el receptáculo de lo ilimitado» como decía Filolaos¹⁷. Y ahora comprendemos también por qué la Providencia, como se re-

from the «central fire», which was therefore always invisible. The central fire was called «the house of Zeus, or «the Mother of gods». The sun was supposed to shine by light reflected from the central fire».

¹⁷ Jean-Paul Dumont (ed.), *Les écoles présocratiques*, Paris, Gallimard, 1991, p. 255.

cordará, no revela el nombre de Enrique de Villena en la estrofa 126, ni en la 128, sino en la 127. Porque $1+2+7$ son 10.

Estos malabarismos numéricos por parte de Mena, ¿son algo más que un mero alarde de sutileza y agilidad? ¿Nos invitan, acaso, a leer en el *Laberinto* un pensamiento cuidadosamente ocultado? No es posible responder en el marco de este artículo, porque sería demasiado largo. Pero vale la pena plantear el problema y emprender la investigación.

Resumen: el círculo, el diez y el sabio

Antes de terminar, resumamos lo esencial. La arquitectura interna, o mejor dicho secreta, de las 297 estrofas del *Laberinto de Fortuna* es compleja y fue elaborada de una manera muy estudiada por Mena, teniendo en cuenta la figura del círculo y el número perfecto de los pitagóricos, el diez, descompuesto en tres y siete. Es posible distinguir esencialmente tres círculos concéntricos: el primer círculo es el de todo el poema, de estructura septenaria, cuya cuarta parte constituye el núcleo central en torno al cual gira el resto; el segundo círculo es el de este núcleo central, constituido a su vez por siete círculos, el cuarto de los cuales, una vez más, constituye el núcleo central en torno al cual giran los otros; el tercer círculo, por fin, es este núcleo central, que no es sino el círculo de Febo.

Metido literalmente en el centro de este núcleo solar y contemplando el movimiento de los planetas, está Enrique de Villena, al que Mena, y otras personalidades como Santillana, tomaban por un sabio digno de gran consideración.

Conclusión: leer con cautela

El fuego en el que Mena colocó a Enrique de Villena es antes que nada el de la hoguera en la que ardieron los libros de ese príncipe astrólogo aficionado a las ciencias ocultas. Pero también es el fuego de Febo/Apolo, el dios de la Luz y la Verdad, la luz de la inteligencia, por tanto, gracias a la cual el Sabio accede al Conocimiento:

e ovo notiçia philosophando
del movedor e de los comovidos,
de lumbres e rayos e son de tronidos,
e supo las causas del mundo velando. (estr. 126)

Gracias a esa luz, el microcosmos que es el individuo Villena, logra abarcar el macrocosmos en cuyo centro se encuentra. Tene-

mos aquí, desde luego, un tratamiento del viejo tópico del macrocosmos reflejado en el microcosmos.

Villena, por supuesto, no es más que la alegoría (el *Laberinto* es un poema alegórico) del Sabio, o del Filósofo, del Intelectual diríamos hoy. Y Mena fue un gran intelectual. Era conocido en su vida como un gran poeta, un afamado latinista, un pozo de ciencia que tenía «magrescidas las carnes por las grandes vigiliass tras el libro [...] el vulto pálido, gastado del estudio»¹⁸. El Sabio que se halla en el centro del poema es él. Detrás del alegórico Villena se esconde Mena.

El otro personaje clave es don Álvaro de Luna, el hombre de acción, el hombre fuerte providencial, que ocupa por sí solo el círculo de Saturno, el cual abraza todos los demás, como ya subrayó L. Beltrán¹⁹. Entre los dos, en el círculo de Júpiter, aparece el rey Juan II. Subrayemos que cada uno de estos tres personajes ocupa sólo, en el respectivo círculo, la rueda del presente. El mensaje político de esta nueva estructura ternaria (3x1) está claro. Ya lo han comentado otros²⁰, por lo que no vamos a alargar más este artículo.

La arquitectura secreta del *Laberinto de Fortuna*, tal como la hemos expuesto aquí, nos parece que abre nuevas vías a la exégesis de este muy alegórico poema. Una tarea ardua no sin peligros para el buen sentido, porque este laberinto se nos presenta como una maraña de relaciones significativas que se disparan en todas las direcciones, como los motivos ornamentales de la arquitectura flamígera del gótico tardío.

Y ahora que estamos a punto de dar por terminado este rápido estudio, acuden a nuestra memoria los versos de la estrofa 27, aquella en la que, llevado de la mano por la Providencia, el protagonista narrador entra en la «grand casa» de Fortuna. Allí dice el poeta:

E contra do vido mostrarse la puerta
se iva, levándome ya de la mano;
notar el entrada me manda temprano,
de cómo era grande e a todos abierta.
«Mas una cautela yaze encubierta,
dixo, que quema muy más que la brasa,
que todos los que entran en esta grand casa
han la salida dubdosa e no çierta».

¹⁸ Como escribió Lucena, citado por José Manuel Blecua, *ed. cit.*, XVI.

¹⁹ *Art. cit.*, pp. 325-326.

²⁰ *Vid.* Lapesa, *art. cit.*; Joaquín Gimeno Casalduero, «Notas sobre el *Laberinto de Fortuna*», *Modern Language Notes*, LXXIX (1964), pp. 125-139; Beltrán, *art. cit.*; Alan Deyermond, «Structure and style as instruments of propaganda in Juan de Mena's *Laberinto de Fortuna*», *Proceedings of the Patristic Medieval and Renaissance Conference*, V (1983), pp. 159-167.

Nos parece evidente a estas alturas que las palabras de Providencia iban dirigidas por Mena, ante todo, a sus lectores, para llamarles la atención sobre la dificultad que había, una vez traspuesto el umbral de la gran puerta «a todos abierta», para dar con la salida. Les daba sin embargo, a modo de viático, una indicación para no perderse, revelándoles que había una «cautela encubierta [...] que quema muy más que la brasa». Ya está descubierta la «cautela», ya no es «la salida dudosa e no çierta» porque el Fuego Central del ardiente Febo iluminará en adelante el camino de todo lector que desee pasearse por este prodigioso *Laberinto*.